

# El centenario de una obra maestra

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

En este año se celebra el centenario de una obra maestra, *La historia de Francia*, escrita por Julio Michelet. Y esa obra se complementa con la *Historia de la revolución francesa*. Los treinta volúmenes se inician con la romanización de las Galias por César, “esa pálida figura, marchita antes de la edad por los excesos de Roma, ese hombre delicado y epiléptico” y concluyen en el momento en que la guillotina da su terrible mordisco a la cabeza de Robespierre.

El libro es de difícil lectura. No se entrega a la primera ojeada. Presupone en el lector un conocimiento al margen de la historia de Francia, está escrito con pasión y con rabia. Casi podríamos decir, ante algunos de sus juicios, deliberadamente injustos, que Michelet carece de la primera virtud que en los manuales se le atribuye al historiador: la imparcialidad. Pero a pesar de esa falla ha sobrevivido. Y nadie le arrebató a Michelet el trono jupiterino entre los historiadores franceses. ¿Por qué...?

No es una historia sino un drama, las escenas patéticas y desordenadas de un drama. “Michelet abusa de las síntesis brillantes y de los símbolos. Taine le reprocha el buscar lo patético y el interés más que la verdad. Le da demasiada importancia a las pequeñas causas, se apodera con alegría de la división del reino de Luis XIV en dos períodos, establecida por Lemontey: antes de la fístula y después de la fístula. Su historia en veces parece convertirse en una novela tendenciosa, casi en una novela atroz. Sus odios son exasperados. Odio al sacerdote, al rey, a la burguesía. Se hace parcial y lo sabe muy bien. Sus prefacios lo dicen suficientemente. He aquí cómo comprende la crítica:

“La historia no hará nada jamás, si ella no pierde el respeto, si como en el viejo poema ella no imita a Renaud de Montauban, que toma un tizón negro para hacerle la barba a Carlomagno. El sacrilegio, la burla a los falsos dioses es el primer deber del historiador, su indispensable instrumento para restablecer la verdad”.

Todos los personajes, desde Martel, hasta Dantón, los juzga en el tiempo presente. Es un contemporáneo que los odia o los ama, los exalta o los envilece. Tiene para con ellos sentimientos tan desordenados, que pasan a ser vivos. Los juzga como si estuvieran de cuerpo presente, ejer-

ciendo sus funciones y como si Michelet los tuviera que padecer. Una injusticia del gran rey lo ofende en el corazón. Un paso diplomático de Alberoni lo hace estallar. Al cardenal Fleury le lanza todos los días, no uno, sino varios tizones ardientes, para ennegrecer su figura. Y juzga la política internacional de acuerdo con sus prejuicios: detesta a Austria y su poder, y no concibe conciliación con el Habsburgo. Detesta a los ingleses y critica a Voltaire cuando hace el elogio de la constitución. Montesquieu se rebaja ante sus ojos por haber sido bien recibido en la isla. ¿Y España? España es la fuente de los males, el símbolo de todo lo que Michelet abomina. Pobre rey Felipe V y pobre la reina Farnesio.

Y comete un error: De todos los monarcas del siglo XVIII no admira sino uno, el único que con el tiempo iba a serle fatal a Francia: el rey Federico de Prusia. El zar Pedro el Grande no es sino un oso. "Los franceses admiraron ese creador de un mundo. Bello creador que con la vida, sabía convertirla en la muerte, y que con la sangre levantaba una máquina, un imposible monstruo". Gracias a Federico, el pequeño principado de Prusia pasó a convertirse en potencia europea y fue ese el núcleo creador de la unidad alemana que desató sobre Francia las tres avalanchas. No lo presentía así Michelet. Su entusiasmo es inmenso ante la aparición de un enemigo alemán de los Habsburgos. Y lo coloca en la misma escala de Napoleón. Este es el retrato que Michelet hace del prusiano:

"Era uno de los nuestros, constantemente inspirado e imbuído por Francia. Hasta los quince años, es el hijo del Refugio, educado por los protestantes. Excelente influencia austera, que crea en él el nervio de la indomable voluntad. De los quince a los veinte años, copia a Versalles. La prisión que sufrió y la persecución del bárbaro alemán, su padre, lo cambiaron, pero siempre en el sentido de Francia. El fue en su largo retiro de diez años el discípulo de nuestros filósofos. Francés significaba para él "libre pensador". Ser un rey francés, le parecía ser rey de los espíritus y de la opinión, gran poder que cultivó siempre. Dos cosas habrían podido anularlo: las dos enervaciones de los vicios y de la miseria. Ese prisionero, ese vicioso, ese miserable, por encima de todo eso fue señalado por un signo que promete poco la actividad. Desde los veinte años es pesado. Pareció tomar un sentido, el de las mujeres y el amor. Sus enemigos podían considerarlo arruinado. Pero fue lo contrario: el cerebro se creció. La voluntad terrible que existía en él, domó la inercia natural, hizo un tipo único, extraordinario de actividad, hasta querer suprimir el sueño. Solitario durante diez años en Rheinsberg y no teniendo ningún asunto en sus manos, se levantaba en plena noche. A las cuatro se le despertaba duramente, aplicándole una toalla mojada. Trabajaba ocho horas, a puerta cerrada, hasta mediodía. Leía, pensaba, escribía. Templaba su alma con un fatalismo duro, que Voltaire en vano combatía. Escribía cartas, historias, memorias.

"Convertido en rey en mayo de 1740, recibió de su padre un buen ejército disciplinado, que no había peleado jamás. Muy buenos generales pero que no habían luchado. Ridículamente se le compara a Bonaparte. El corso afortunado tuvo la suerte única de heredar a Massena y a Hoche, mandar a los vencedores de los vencedores. Favorito del destino, recibió de la revolución la espada encantada, infalible, que permitía toda audacia, inclu-

sive, todo error. El ejército de Federico no había hecho la guerra sino en las plazas de Berlín. Y un ejército no se forma sino en guerra y bajo el fuego. Su rey, tan novicio como su ejército, lo condujo, lo dirigió, le enseñó algo más que la victoria, la paciencia, la resolución invencible. Y en realidad fue él quien lo formó. Lo que no fue Bonaparte, Federico lo fue: creador.

“A pesar de los aspectos pequeños y ridículos que ofrecía, visto de cerca, producía admiración. Al llegar de Francia y de la muelle vida de Versalles, no se podía observar la vida dura y fuerte del rey de Prusia, su enorme labor, sin ser golpeado por el respeto. Este hombre que en las frías noches del norte, a las cuatro de la mañana, se sentaba en su despacho, vestido en uniforme, calzando botas, delante de una montaña de cartas, de despachos, de asuntos privados y públicos, y permanecía ahí hasta las once, haciendo en cada jornada lo que hubiera hecho otro en un mes. Anotando todo con su mano. Las respuestas debían llegar antes de la tarde. No tenía confianza en nadie y tenía que entrar en minuciosos detalles. Único general, único rey, único administrador, era también juez en los asuntos dudosos. Gobierno extraño y absurdo. Rey del Caos, de un Estado discordante de piezas que gemían por estar juntas, de un Estado nuevo en el que nada existía aún, ni las instituciones, ni las personas. Ningún fausto y ninguna corte. Ningún temor de que sus gustos de artista lo disminuyeran a los ojos de los más íntimos. Estaba seguro de ser grande.

“Lo que es divertido, es que con esta vida terrible, tensa de estoicismo, se creyera epicúreo. En palabras era más que mundano, cínico, imitando un poco pesadamente lo que creía el tono de los salones de París”.

\* \* \*

¿En dónde se encuentra el secreto de esa gran historia? ¿La clarividencia...? Hemos dicho que no. ¿La imparcialidad? No hay escritor más parcial, más subjetivo que Michelet. “La más intuitiva imaginación del siglo se encuentra en el mismo hombre con el espíritu crítico más incisivo, y resulta de esta conjunción una individualidad singular pero perfectamente inimitable...”.

Durante años permaneció investigando los archivos de Francia. Cuarenta años pasó en la compañía de esos papeles dormidos, reconstruyendo la historia. Pero no quería reconstruirla fríamente, sino vivirla. La historia de una nación, es como la historia de un individuo. La nación tiene su personalidad, su infancia, sus complejos, sus caídas, su noche y su luz. Pasado y presente forman una sola trama. Y no se puede reconstruir la historia sin sentirla. Y no se puede sentir sin apasionarse. Y no se puede ser apasionado y al mismo tiempo imparcial.

La documentación que acopió era inmensa, a lo largo de una vida consagrada a esa labor. Sus juicios tienen el respaldo de hechos comprobados y de un lúcido conocimiento de la época. Pero dentro de cada época, el ojo de Michelet se instala llevando el preconcepto del desenlace: es una historia de Francia escrita de la revolución francesa hacia atrás. Consi-

dera, con razón, que la revolución es el hecho capital de la historia moderna. Pero comete una equivocación al investigar los siglos pasados, conociendo y adoptando el desenlace. Y todo el material histórico que mueve, es en relación con el desenlace. No vive el tiempo feudal, como tal tiempo, dentro de su ámbito peculiar y sus costumbres. Ni vive la monarquía, dentro del suyo, como una forma de gobierno brotada de los siglos. Como sabe que el último de los reyes fue decapitado, decide decapitar los cincuenta reyes anteriores. Juzga como republicana a la monarquía, como libre-pensadores a los católicos, como partidarios de la revolución a los cruzados, como jacobinos a los papas.

El mismo Michelet nos cuenta cómo surgió en él la idea de escribir la historia de Francia, ante el inmenso arrume tácito de los muertos documentos, con los cuales convivía como jefe de los archivos:

“Yo no me demoré en darme cuenta, en el silencio aparente de esas galerías, que allí había un movimiento, un murmullo que no era el de la muerte. Esos papeles, esos pergaminos, dejados allí desde hace tiempo, no solicitaban otra cosa que volver a la luz. Esos papeles no son papeles sino vidas de hombres, de provincias, de pueblos. Las familias y los feudos blasonados, desde el polvo, reclamaban contra el olvido. Las provincias se levantaban alegando que, equivocadamente, la centralización había creído eliminarlas. Si se hubiera querido escucharlos a todos —como decía ese sepulturero en el campo de batalla— no habría ni un solo muerto. Todos vivían y hablaban, rodeaban al autor con un ejército de cien lenguas, que hacía callar rudamente la gran voz de la república y del imperio”.

Y concibió el propósito de hacer sonar esa trompeta para que los muertos despertaran como en el Valle de Josafat, teniendo ante su mente la imagen temporal de una Francia modelada durante siglos:

“Francia es una persona que tiene un alma. Es el país del mundo en el que la personalidad nacional se aproxima más a la personalidad individual”.

Y se propuso escribir sobre esa amada persona, animando esas cenizas, esas cartas, esas instrucciones, cubriendo con carne viva los muertos esqueletos:

“Han pasado cuarenta años. No lo creía cuando comencé. He pasado al lado del mundo. He tomado la historia por la vida. La vida ha fluído. Yo no lamento nada, no solicito nada. Qué puedo solicitar yo, querida Francia, con la cual yo he vivido y que yo dejo ahora con una pena tenaz. En qué íntima comunidad yo he pasado contigo cuarenta años de mi vida, diez siglos de la tuya. Qué horas apasionadas, nobles, austeras, hemos tenido juntos, aún durante el invierno, antes del alba. Qué días de labor y de estudio en el fondo de los archivos. Yo trabajaba para ti, yo iba, venía, buscaba, escribía. Yo entregaba cada día todo de mí mismo. A la mañana siguiente, encontrándome en mi mesa, yo me creía el mismo, fortalecido con tu vida poderosa y tu juventud eterna. Pero, ¿cómo, habiendo tenido esa singular felicidad de convivir con una tal sociedad, habiendo vivido largos años con tu alma grande, no aproveché yo más esa amistad...? Ah... es que para rehacer todo eso me fue necesario volver a andar ese

largo camino de miseria, de cruel aventura, de cien cosas mórbidas y fatales. He bebido demasiada amargura. He tenido que tragar muchos flagelos, muchas víboras y muchos reyes.

“Pues bien, mi amada Francia, si ha sido necesario para encontrar tu vida, que un hombre se entregue, pase y repase el río de los muertos, él se consuela y te agradece. Y su más grande pena, hoy, es tener que abandonarte aquí”.

\* \* \*

Comprendemos la tristeza del historiador al abandonar hace un siglo su tarea. Sus personajes no eran inventados de la nada, como los de Balzac, pero volvían a la vida con algo de lo que fueron y con mucho de lo que el portentoso forjador les atribuyó. Criaturas suyas. Con las cuales dialogaba, para indagar su misterio psicológico. A algunas de ellas les lanzaba al rostro la tinta de sus vigiliadas. Algunas amables, otras odiosas, casi todas trágicas. Es una especie de Shakespeare, que en cuatro trazos brutales nos deja para la inmortalidad un retrato. Nos sentimos cohibidos al tratar de elegir entre mil, algunos de esos óleos. Entre las favoritas de la historia, ninguna más favorecida, más favorita, no de Luis XV, sino de la posteridad, como la Señora de Pompadour. Ese tierno pimpollo aparece en la escena, según la versión de Michelet:

“Mademoiselle Poisson, chicuela de París y la hija de Poisson (quemado en efígie) era de raza de carniceros. De ahí esos tontos chistes sobre la carne y sobre el pescado. Ella no tenía la frescura de las bellas de la carnicería. En sus retratos ella aparece gentil e insulsa, de una agradable mediocridad. Desde temprano se manifestó enfermiza, posiblemente a causa de la madre, que la hizo trabajar demasiado. Se le predijo a los nueve años que sería la amante del rey. Su madre, cuya casa atraía a las gentes de letras, sin cesar hacía la exhibición del prodigio, alabando sus talentos y sus encantos, diciendo: “Es un bocado de rey...”.

La madre Poisson, adelantó con respecto a Luis XV, como una especie de sitio, un ataque en todo sentido. La ensayó en el papel de Diana. La ensayó como música. Brillaba en el clavicordio, encantó a la buena Mailly (primera amante del rey). El efecto fue contrario sobre la Tournelle (segunda amante del rey). Una dama que tuvo la imprudencia de admirar a la joven Poisson, estuvo a punto de perder un dedo bajo el pisotón de la Tournelle enfurecida.

Había que esperar. Un amigo de los Poisson, la casó con su sobrino D'Etoile. Encuadrada en el lujo, pudo ir dejando lo que tenía de bajo, se formó y tomó actitud. Tuvo un salón, reunió artistas y gentes de letras, las trompetas del renombre. Pero el gran camino de su éxito fue el teatro, con decoraciones, vestidos, máquinas. Ella desempeñaba el papel desplegando el talento de una agradable actriz de segundo o de tercer orden. Cantaba con una voz de canario, que se decía voz de ruiseñor. Eso resonó más alto. El presidente Henault se deslumbró y pudo hablar a la reina. Más directamente los Tencin se ocuparon del tema. Y más directamente un Binet, pariente de los Poisson y *valet de chambre* del delfín. El delfín la alabó delante del rey.

“Por fin una tarde el rey la recibió. Y no se encantó con ella. Tenía veintitrés años, cuatro años de matrimonio y dos niños. Estaba fatigada, hizo tan poca impresión, que el rey un mes después no recordaba nada. Fue necesario ayudar su memoria, recordarle una tarde, una cierta dama. Se le murmuraba al rey que desde esa tarde, la pobre dama estaba preñada, que su marido era horriblemente celoso y que ella atormentada, desesperada, pensaba en suicidarse. Era abril. El rey partía para Flandes. Se apresuró todo. Se volvió a traer a la dama, invitada a comer, la noche del 22. Richelieu estaba allí y no hizo gran caso. Pero como excelente actriz, ella dijo que estaba perdida, que no podía regresar, que era necesario que el rey la escondiera no importa donde. Situación picante. El rey la situó en el entresuelo que existía sobre su cabeza. Allí, algunos días en secreto, la tuvo, la alimentó, temblorosa y desolada con las cartas locas que escribía el marido. Esto la vincula decididamente al rey. Ya no la oculta. La familia sombríamente muda, los murmullos, los rostros malévolos lo pican. ¿No es acaso él el amo...? Para mortificar a todos la declara *maitresse*.

“Qué caída después de la bastarda de los Condé y que el rey llamaba princesa. Esta chicuela no es bien nacida. Pues bien, tanto mejor. El rey la ha creado y la hace *nacer*. En eso pone todo su placer. En quince días la decora, la honra, le da un tren de vida y palacios. Ella es y permanecerá la marquesa de Pompadour”.

\* \* \*

En el reinado de Luis XV encuentra Michelet el secreto hontanar de las desdichas de la monarquía. Fue un gobierno largo, que atraviesa la mitad del siglo XVIII, cincuenta años decisivos. Y durante ese medio siglo, Francia estuvo gobernada por un rey inhumano, voluptuoso e indiferente, rodeado por malos consejeros. No le perdona a Luis XV muchas cosas, pero entre otras dos: el no haber acudido animosamente a la cooperación militar con Francisco de Prusia, en contra de Austria.

Y el haber realizado lo que los historiadores llaman el derribo e inversión de las alianzas. Es decir, el pacto y alianza entre la Francia de Luis XV y el Imperio de María Teresa.

Lo que entendió Luis XV, y Michelet, a pesar de su dominio magistral de la historia no entendió, es que el enemigo capital ya no era Viena, cuyo poder político se evaporaba lentamente, sino Prusia, que gracias a Federico había concentrado en Postdam toda la energía que macilentamente se fugaba de Viena. Y en Prusia, forjada por Federico, habría de tener la Francia de Michelet el enemigo mortal.

Ya se aproxima la tragedia. Michelet sabe que todo ese largo reino de Luis XV, execrado por él y que algunos historiadores como Pierre Gaxotte han querido reivindicar, anuncian el rojizo resplandor. Debía Michelet amar ese reinado, porque en él se incubó el gran fenómeno. Durante ese lapso vivió Voltaire. Bajo ese mandato débil, perplejo y ligeramente irresponsable, transcurrió la vida, la melancolía y el delirio de persecución de Rousseau. En ese crepúsculo se encendió la *Ilustración* y Di-

derot publicó las láminas de la *Enciclopedia*. Durante esos años de voluptuosidad para la minoría, tomó forma el sentimiento igualitario. La autoridad perdió prestigio, porque atravesó la ciénaga florida de la regencia y el lago florido en que bogaba Luis XV, arrullado por voces tiernas. Mirabeau creció, sufrió, se humilló y se formó en esos años. El siglo de Luis XV es también el siglo de la ciencia, la crítica, la historia, la finanza, la *Ilustración*, la comedia, el *Contrato social*. Cuando se representaba la comedia, en que la propia nobleza se reía de sus acusadores burlones, Dantón y Robespierre, a los veinte años, estaban en la galería. El rey disoluto dejó en herencia el déficit y la alianza con Austria y como prenda de esa alianza, llegó María Antonieta. Michelet la juzga inicialmente con benevolencia, dejando a un lado el terrible prejuicio que lo obnubila y que encegueció a toda la nación, en contra del viejo símbolo odiado, la Casa de los Austrias.

De esta manera se presenta María Antonieta en el gigantesco drama de Michelet:

“La delfina tenía el mérito de la obediencia, porque todos sus gustos la alejaban del delfín. El era serio y se aplicaba, empleando su fuerte memoria. Amenazado de ser rey, hubiera querido entrever los asuntos y ser admitido en el consejo. Estudiaba con buen éxito y sin que lo supiera Luis XV, con un oficial instruido que le hablaba de guerra y de administración. La delfina, por el contrario, no tuvo ningún gusto por los estudios. Su madre la había olvidado hasta los trece años, hasta la fecha en que la muerte de la reina de Francia, le hizo creer que podría hacerla reina. Recibió todos los maestros a la vez pero no aprendió nada. Las cartas y dibujos que mostraban, no eran de ella. En Versalles estaba demasiado distraída o demasiado vanidosa para rehacer su educación. Vermond se desolaba. Su madre, la emperatriz de Austria, le escribía en vano. “La lectura le es más necesaria que a cualquier otra persona, no habiendo adquirido ni la música, ni la pintura, ni la danza...”.

“María Antonieta no sentía agrado sino con las comedias. Ella desempeñaba los papeles de Martón y de Lisette. Se reía de la etiqueta y se iba, ligera, a montar a caballo con el hermano Artois, un pequeño loco. Organizan carreras de asnos. Ella se cae y da que reír. Con sus damas se ríe del rey Luis XV, un poco del delfín.

“Era encantadora con todo esto, nada malévola, sensible por momentos. A la entrada en París tuvo un bello movimiento de corazón para ese pueblo emocionado y tierno y para su marido que habló muy bien”. “En las Tullerías no podíamos ni avanzar ni retroceder. Al regreso subimos sobre una terraza elevada. Yo no puedo decir los transportes de afecto que nos testimoniaron. Saludamos al pueblo con la mano. Nada tan precioso como la amistad del pueblo; yo la he sentido y no la olvidaré jamás”.

“Pero el día tan temido del delfín llegó. Se le dice que Luis XV ha muerto y que él es rey. Se desvanece.

“Volviendo después en sí, exclama: *Qué peso abrumador. No se me ha enseñado nada*”.

El escrupuloso joven estaba en un estado que se puede decir admirable, decidido a marchar en la recta vía y contra su mismo corazón. Su grande religión en este mundo era su padre. Su única afeción era la reina.

“Ella portaba su cabeza en alto, superlevantada con plumas y penachos que amenazaban el cielo. Esta moda, que aparecía odiosa a los ojos de su madre, iba muy bien con su belleza altiva. Se ha observado finalmente que los retratos encantadores de madame Lebrun la han feminizado demasiado. La frente abombada, los ojos salientes, la nariz más que aquilina, hubieran logrado un conjunto severo sin la dulcificación de una ligera gordura y de la incomparable piel. El labio inferior parecía sensual. Las cejas, bien pobladas, marcaban la energía del temperamento. Su bella cabellera lo decía mejor aún con esos tonos rojizos y cálidos que no tienen nada de común con las rubias adolescentes.

“Tenía un color más subido que el que está de acuerdo con las grandes damas. No gustándole sino la carne, era fuertemente sanguínea y sufría algunas crisis biliosas. No era ni alegre ni serena, sino siempre emotiva y ardiente. Por momentos muy sensible y buena. *Tan conmovedora* —escribía su madre— *que no se le puede resistir*”.

“Pero se dejaba arrebatarse también por la cólera con el menor obstáculo, y entonces, enceguecida, no mostraba respeto por ella misma. Se cuenta una escena terrible y tan ruidosa, que una tempestad que estalló entonces pasó desapercibida: no se oyó el trueno de Dios”.

“Tenía una pasión muy viva por un muy digno objeto, tan bueno como encantador, madame de Lamballe. Esta joven princesa de Saboya era un ángel de dulzura. Tenía una cara de niña y aunque de más edad que la reina parecía más joven, una linda hermanita. Débil criatura sin defensa, nacida para darse en exceso, para amar y morir”.

\* \* \*

Dos precursores de la revolución: Voltaire y Rousseau. Se nos ocurre siempre preguntar, qué pensarían, qué dirían los dos filósofos, si de repente resucitaran milagrosamente y se hallaran en presencia del desarrollo en hechos de las ideas que ellos lanzaron a correr por el mundo y de la revolución que los ha reconocido como padrinos suyos. Ella, la terrible ahijada de estos pensadores, que posiblemente no pensaron en la destructora eficacia de los gérmenes. Una idea pertenece a su progenitor, hasta el momento en que la concibe. A partir de ese instante ella cobra su vida autónoma, propia y al incorporarse en los remolinos de esta, se hace inconfundible. Voltaire, desde Ferney, hubiera mirado con susto —porque el pícaro filósofo era asustadizo— el resplandor de la guillotina. Y Rousseau, ¿habría reconocido como hijos suyos a los jacobinos que llevaban en el bolsillo el *Contrato social*...?

“Voltaire se estableció hacia marzo de 1755 en Las Delicias, cerca de Ginebra, casi en frente a Laussane y de este lugar imponente (con la vista sublime de los Alpes) partió el gran golpe de arquero, que estremeció a Europa, su *Oda a la libertad*, su agradecimiento con la libre Suiza donde

había podido respirar. Poco después concluyó el libro que sigue siendo su título capital: *El ensayo*, sobre las costumbres de las naciones. Nunca estuvo más alto”.

“Pero dos cosas le causaban mal; a pesar de su bondad fácil, vanidoso y arrebatado, queriendo mostrarse temible, afectó un odio implacable por el gran rey que lo colmaba (Federico II). Voltaire ahí fue deplorable, le hizo su corte a Versalles, a los enemigos del pensamiento y de su propio partido...”.

Deplorable Voltaire, por haberse mostrado ingrato con el rey de los enciclopedistas. Y en el juicio sobre Rousseau, Michelet tiene uno de sus grandes aciertos. El ginebrino llegó a la gloria y a la popularidad agobiadora, gracias a un libro que hizo derramar muchas lágrimas, un relato de amor. El precursor del romanticismo, con su idilio, obtuvo la gloria que había de facilitar después la difusión de sus doctrinas, con la etiqueta de su nombre. Primero las lágrimas.

Solamente después vinieron las ideas convulsivas. De la tierna mano de la Nueva *Heloísa*, fue conducido el *Emilio* y el *Contrato*. La palabra amor se puso en vigencia gracias a Rousseau, mucho antes de que las ideas del *Contrato* fueran asimiladas por sus discípulos:

“Rousseau mismo nos dice que el *Emilio* tuvo un éxito muy lento, grandes elogios particulares pero poca aprobación pública. El *Contrato social*, impreso en Holanda, extremadamente prohibido, rechazado en la frontera, entró tarde y difícilmente y fue leído por una rara *elite*. El grande, el inmenso éxito fue el de la *Heloísa*. Es el más grande éxito, el único que ofrece la historia literaria. Nada parecido antes, nada después. Ese libro inspiró una viva, una ardiente curiosidad. Se arrebataban los volúmenes. Se le compraba a cualquier precio. Quien no lo encontraba en el día, lo alquilaba al menos en la noche. No fue cosa de la moda. Las costumbres quedaron cambiadas. La palabra “amor”, dice Walpole, había sido borrada por el ridículo, eliminada del diccionario. Nadie se atrevía a decir que estaba enamorado. Cada uno, después de la *Heloísa*, se vanagloria, se ufana. Esto duró treinta años, hasta el 93. Los girondinos la encuentran en madame Roland... ¿Cómo explicar un efecto tan vivo y tan profundo...?

“El verdadero Rousseau nació de las mujeres, nació de madame de Warens. Antes de ella no hablaba, estaba mudo. Todo el mundo va a ver los *Charmettes*. Pero la grande impresión fue en Annecy. En los *Charmettes* Rousseau era un hombre, un maestro de música, que leía a los escritores de Port Royal, que hacía un poco de astronomía. Ese era un lugar serio. La molicie inexpresable que nos funde el corazón al leer el segundo libro, el tercero de *Las confesiones*, es propio al aire dulce, languideciente, un poco febril de Annecy. Más de uno ha querido morir allí”.

“En 1865, en un bello mes de septiembre me encontraba yo en Annecy, trabajando como siempre. Pero hacia las diez, la mañana era tan dulce que no había manera de trabajar. Nos fuimos a sentarnos junto al lago, bajo un fuerte y bello sauce viejo. Dentro de una bruma ligera, que coloca a medias su gasa en el horizonte, miramos la pequeña isla de cisnes, sus

plumas fugitivas que vuelan, nadando sobre el agua. A la derecha el pequeño palacio que fue de San Francisco de Sales. Detrás la ciudad, las iglesias, los conventos, la Visitación, donde soñó madame Guyon. Habían pasado las tempestades y algunas gotas de lluvia caían por momentos. Un habitante de Annecy sentado sobre el mismo banco, nos explicó que el lago se infiltra bastante lejos dentro de la llanura y se vierte lentamente en un afluente del Ródano. Sus aguas perezosas dejan aquí y allí lagunas. El alma se siente tomada por esos perezosos dulzores.

“Los numerosos canales que hacen de la ciudad como una pequeña Venecia, sin carácter y sin monumentos, hacen esta languidez más sensible. Tienen pequeñas neblinas vaporosas. Sumad a eso las calles en arcadas, los pasajes oscuros, las ventanas del siglo XVI, otras estrechas y antiguas, viejos y villanos huecos adornados de flores. Esas flores beben la impureza de los canales con delicia...

“Rousseau debió recordar todo esto con voluptuosidad. La estrecha calle bajo la iglesia, donde vivía madame de Warens, entre el obispo, los franciscanos y el maestro que le enseña la música. Detrás de la casa el canal pesado y de un agua poco límpida. Pero por encima de todo veía el campo, un poco de verde”.

“Todos los gérmenes de Rousseau están ahí. Allí permaneció largo tiempo. Todo quedó en él, con la misma vivacidad, la temperatura del aire, los bellos hábitos de los sacerdotes, el sonido de las campanas, el olor, olor bien mezclado sin duda de las flores y de los canales. Allí ese cántico oído en la noche y que lo hizo soñar, allí la soñadora caminata que hizo un día de domingo, pensando en ella y esperando con ella vivir y morir.

“Veinte años pasan, en vano. Bajo tantas cosas queridas, prestadas, artificiales, subsiste el Rousseau de Annecy. La campana que él oyó, suena todavía”.

\* \* \*

Hay dos Juan Jacobos: el que suscitó el diluvio de lágrimas y el que suministró las ideas cardinales de la revolución. No se excluyen. François Mauriac decía “que el siglo XVIII derramó muchas lágrimas, antes de cortar muchas cabezas”.

El nombre del ginebrino aparece ligado a los enciclopedistas. En un principio Juan Jacobo fue grande amigo de Diderot, iba a visitarlo piadosamente a la cárcel y en una de sus caminatas, fortuitamente, al leer una revista, encontró el tema que había de convertirlo en un filósofo político: el discurso sobre la desigualdad de los hombres.

Ningún mortal ha tenido la fortuna de Juan Jacobo, después de la muerte. Su gloria se ha perennizado en los más bellos monumentos que consagran su efigie y su memoria. No están localizados en las plazas, expuestos a la ira de las cambiantes muchedumbres.

He tenido, a lo largo de la vida, la curiosidad de conocerlos: en Ginebra, en una isla maravillosamente colocada frente al Lago Lemán, está su estatua rodeada de árboles. Juan Jacobo, solitario como corresponde al

autor de las meditaciones del paseante solitario. En una ruta encantada de la Saboya, de repente se observa la silueta de un hombre que desciende lentamente la colina, inclinado, en el ademán de recoger una flor. Nos acercamos: Juan Jacobo, con toda naturalidad detiene sus pasos. El bronce está ahí, como elemento natural del paisaje.

En Ermenonville, otra isla, con altos álamos que custodian una urna de mármol. Allí estuvieron, custodiadas por las aguas y la frescura de árboles añosamente jóvenes, las cenizas de Rousseau. Y en el panteón nacional descansan, al lado de las de Voltaire. La tumba entreabierta. Una mano de mármol sostiene una antorcha.

\* \* \*

Michelet nos describe la presentación de Figaro, el pícaro de Beaumarchais, en la sociedad de Versalles.

Y antes de la Bastilla, el nuevo personaje entró indulgentemente al palacio de los reyes: Figaro.

“Figaro es sombrío, durante toda la pieza, las burlas, la falsa risa. Yo oigo detrás un ruido, como un vago ronquido de tempestad. Está dondequiera en el aire...

“Yo amo muy poco a Figaro. Yo no siento ahí el espíritu de la revolución. Estéril, completamente negativa, la pieza está a cien leguas del corazón revolucionario. No es en manera alguna el hombre del pueblo, es el lacayo atrevido, el bastardo insolente de algún gran señor.

“La pieza falla su objetivo. Que el gran señor sea un tonto, de acuerdo. Pero, ¿quién quisiera que el poderoso fuera Figaro...? Es peor Figaro que aquellos a quienes ataca. Se olfatean en él todos los vicios de los grandes y de los pequeños. Si ese pícaro llegara, ¿qué sería de este mundo...? ¿Qué se puede esperar de aquel que ríe de la naturaleza, que se burla de la maternidad, que enloda el altar mismo, su madre...?

“El rey que se hizo leer la pieza juró que no la llevarían a las tablas. Sin embargo el petulante D'Artois burlándose de las defensas, quiso llevarla a la casa del rey. Una orden se lo impidió. Esto no detuvo la audacia de los amigos de la reina. Vaudreil la montó delante de la Polignac y su corte de trescientas personas”.

“Sorprendente insolencia. Pero ellos eran los dueños de todo. Un mes después de esta desenfrenada desobediencia el rey nombra justamente al ministro que los amigos de la Polignac empujan, al agradable pícaro que va a hacer su fortuna de la fortuna del Estado. Figaro había dicho: *Riamos, porque quién sabe si el mundo vivirá dentro de seis semanas.* No fueron necesarias sino tres para el fin del mundo, para entregar la monarquía al prodigio desenfrenado, Calonne, que se llevó con él la monarquía”.

\* \* \*

También hemos sentido al dejar a Michelet una pena y una tristeza. Sus exageraciones, sus injusticias, sus juicios inapelables, su falta de imparcialidad, están compensadas por esos cuadros anonadantes, que en el recodo de su historia aparecen y nos dejan atónitos, trémulos. Sus frases como latigazos. Sus adjetivos quemantes. La fuerza de sus trazos. El destello de su luz sangrienta que ilumina las simas de la conciencia humana. La recreación soberbia de tantas almas, que desde el polvo de sus archivos, ha resucitado, dándoles su carne, su vicio y su esplendor. Ningún historiador como Michelet ha sentido la historia como drama, el "gran duelo entre la naturaleza y el espíritu, entre la fatalidad y la libertad". Porque ha hecho vivir la historia, injusta, parcial, apasionadamente, es uno de los grandes reconstructores de la historia. No quiso clasificar cenizas, sino pasiones y vidas y sangre. No tiene el frío de los archivos, sino la intensidad, el veneno, el odio y el amor de los mortales. Su juicio ha caducado, pero sus personajes, aún deformados y en trance de intrigar, vivir, ascender, luchar, siguen incólumes lascivos, intrigantes, petulantes, atractivos, sórdidos, desmesurados, geniales.